

A quien no escucha el mar en este viernes  
por la mañana, a quien adentro de algo,  
casa, oficina, fábrica o mujer,  
o calle o mina o seco calabozo:  
a éste yo acudo y sin hablar ni ver  
llego y abro la puerta del encierro  
y un sin fin se oye vago en la insistencia,  
un largo trueno roto se encadena  
al peso del planeta y de la espuma,  
surgen los ríos roncós del océano,  
vibra veloz en su rosal la estrella  
y el mar palpita, muere y continúa

Así por el destino conducido  
debo sin tregua oír y conservar  
el lamento marino en mi conciencia,  
debo sentir el golpe de agua dura  
y recogerlo en una taza eterna  
para que donde esté el encarcelado,  
donde sufra el castigo del otoño  
yo esté presente con una ola errante,  
yo circule a través de las ventanas  
y al oírme levante la mirada  
diciendo: cómo me acercaré al océano?  
Y yo transmitiré sin decir nada  
los ecos estrellados de la ola,  
un quebranto de espuma y arenales,  
un susurro de sal que se retira,  
el grito gris del ave de la costa.

Y así, por mí, la libertad y el mar  
responderán al corazón oscuro.

P.N.

Deber del poeta